

MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia



“La IA es objetiva”. Discusiones sobre un producto humano, histórico y cultural

Cristina Rafaela Ricci

La IA y los desafíos de la subjetividad

La cultura actual y el sentido común suelen sostener que uno de los “defectos” del ser humano es su subjetividad porque se valora lo “objetivo” y se lo pone como horizonte a alcanzar. La subjetividad es vivida como una amenaza, una limitación, un defecto. Se busca la objetividad, la neutralidad, la imparcialidad como refugio y seguridad en un cambio de época signado por la incertidumbre.

Sumergidos en estos sentimientos, hoy la IA se visualiza como aquella producción humana en condiciones de garantizar certezas, seguridad y verdad como sinónimos de objetividad, neutralidad e imparcialidad. Pensar en este mito o representación social nos sugiere imágenes vinculadas a súper máquinas que, una vez ensambladas y programadas, actúan según su propia lógica mecánica, pragmática e instrumental.

Si bien este mito como creencia nace principalmente en el ámbito académico y científico, rápidamente lo trasciende instalándose como una de las tantas ideas de la cultura y del sentido común. El argumento es simple: la IA no es humana por lo que cuenta con una gran ventaja sobre los humanos: carece de subjetividad. Esto implica que la IA parece trascender las limitaciones humanas y ofrecer decisiones y soluciones más justas, eficientes y precisas porque están libres de sesgo emocional, contextual, cultural, social e histórico, entre otros.

Entre las figuras públicas que, en cierta forma, sostienen este mito, encontramos a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) que, a través del Observatorio de Innovación en el Sector Público, publicó en el año 2020 el documento “[Hola, mundo: la Inteligencia Artificial y su uso en el sector público](#)”. En este documento sostiene implícitamente la objetividad de la IA para la formulación de políticas públicas y diseño de servicios mediante la identificación de patrones o irregularidades en los datos para mejorar la precisión de la toma de decisiones, asignación de recursos, anticipar necesidades no satisfechas, detectar fraudes o riesgos de seguridad, entre muchas acciones, porque los sistemas de IA toman decisiones exclusivamente automatizada.

Entre las voces que cuestionan este mito, se alza la del consultor [Oscar Gutiérrez-Gómez](#) (2025), quien plantea que la objetividad e imparcialidad de la IA no es posible. Entre sus argumentos sostiene que la IA no creó su conocimiento

“La IA es objetiva”. Discusiones sobre un producto humano, histórico y cultural

desde cero, porque detrás de cada respuesta y dato preciso que ofrece hay conocimiento aprendido del ser humano, conocimiento que en sí mismo no es completamente objetivo porque está cargado de sesgos sociales, culturales, raciales y espirituales propios de los sujetos.

Desarmando dualismos

Avanzando en el análisis del mito lo primero que observamos es que se construye sobre dualismos o binomios, entre los cuales focalizamos por lo menos tres pares binarios puestos en tensión: objetividad-subjetividad, neutralidad-posicionamiento e imparcialidad-parcialidad. Si bien hay tensión entre los componentes de cada uno, podemos pensarlos en términos de contrastes y no de opuestos excluyentes. Preferimos no pensar este mito en términos de “pares de opuestos” porque un pensamiento maniqueo donde lo bueno es la objetividad, neutralidad e imparcialidad y lo malo es la subjetividad, la toma de posición, la parcialidad obtura la discusión y reflexión, por lo menos, sobre la naturaleza del conocimiento y de la inteligencia. Asumir binarismos excluyentes solo nos ancla en algunas abstracciones propias de la modernidad como la neutralidad de la ciencia y en visiones restringidas, como, por ejemplo, que la inteligencia se reduce a procesos cognitivos en el ser humano o a conexiones de circuitos sobre la base de algoritmos en el caso de los sistemas de IA.

Romper estos dualismos nos permite ver que sobre “objetividad” no hay un único sentido: es un concepto que cambia según el campo desde el cual se lo mire (filosófico, científico, comunicacional, ético, entre otros). En términos generales podemos decir que se refiere a la capacidad de observar, analizar o emitir juicios sin dejarse influir por prejuicios, emociones o intereses personales. Lo mismo ocurre con “subjetividad”, también polisémica. En un sentido amplio puede conceptualizarse como la perspectiva individual desde la que cada persona percibe, interpreta y se relaciona con el mundo porque está atravesada por la historia personal, el contexto cultural, la ideología, las emociones, las creencias vinculándose con la experiencia, la diversidad y la particularidad.

Otro tanto pasa con el concepto “neutralidad” que también tiene varios sentidos dependiendo del contexto en el que se utilice. En términos generales, se refiere a la posición de no tomar partido en un conflicto, debate o situación determinada. Otro tanto ocurre con “imparcialidad-parcialidad”. La imparcialidad remite a justicia, neutralidad u objetividad como la actitud de quien no toma partido en decisiones o juicios actuando con equidad entre personas con intereses opuestos. En cambio, la parcialidad implica toma de partido, sesgo para favorecer o inclinarse por una de las partes, ya sea por intereses, emociones o prejuicios.

Visibilizando actores y procesos sociales

Este mito, como tantos otros, son elaborados, difundidos, asumidos y poco cuestionados por los grupos sociales, comunidades, en definitiva, por las culturas. Éste en particular involucra diversos actores sociales: empresas tecnológicas que diseñan, desarrollan y comercializan IA difundiendo la idea de que los algoritmos son “objetivos” para ganar confianza y legitimidad. Gobiernos y gestores de políticas públicas que adoptan IA en decisiones públicas, creyendo en su supuesta neutralidad, contribuyendo a reforzar este mito según intereses políticos o económicos. Los medios de comunicación, cuando difunden discursos sobre IA como tecnología “inteligente” y “superior” a lo humano, reforzando la imagen de “máquinas imparciales” frente a “humanos sesgados”. Académicos y científicos cuando reproducen el mito asumiendo un enfoque técnico, mientras que otros lo desarmen desde la sociología, ética o filosofía de la tecnología. Los usuarios comunes cuando interactúan con la IA sin entender del todo cómo funciona, aceptando sus resultados como “correctos”, “confiables” y “verdaderos” porque vienen de una máquina.

Hay diferentes procesos sociales en juego: tecnocratización del poder, que delega decisiones humanas a sistemas algorítmicos; fetichización de la tecnología, que atribuye cualidades casi “mágicas” a la IA; ocultamiento de sesgos, cuando invisibilizan los datos históricos, códigos y criterios humanos que están en la base de los algoritmos; desigualdades sociales porque los sistemas de IA muchas veces replican o amplifican discriminaciones de género, raza o clase, aunque aparenten “objetividad”.

En la mayoría de los ámbitos sociales es un mito que legitima decisiones automatizadas y parece transferir responsabilidades humanas a las máquinas. Pero esto olvida que la IA se entrena con datos humanos, es diseñada por humanos y funciona en los sistemas sociales con conocimientos que no son neutrales. Por lo tanto, creer que la IA es objetiva genera algunas implicaciones prácticas, como confiar ciegamente en las decisiones automatizadas, como si fueran más justas y precisas que las humanas. También, desincentivar la revisión crítica o humana de los sistemas de IA, suponiendo que ya eliminan sesgos. Al mismo tiempo, delega responsabilidad ética y política en la IA porque se cree que es neutral, entonces nadie se hace cargo de sus errores o consecuencias. Finalmente, estas actitudes pueden llevar a promover su adopción sin regulaciones rigurosas, bajo la idea de que la tecnología se autorregula o es técnica y no política, ignorando voces críticas, especialmente de comunidades vulnerables afectadas por decisiones automatizadas.

También encontramos algunas ideologías o cosmovisiones de la sociedad que sostienen este mito. Por ejemplo, la tecnocracia, que plantea la creencia de que los problemas sociales se pueden resolver mediante tecnología y expertos técnicos, no

con debate público o político. El neoliberalismo, que prioriza la eficiencia y los datos como verdades absolutas y promueve una visión individualista y mercantilizada de la sociedad. El colonialismo digital, por el cual se exportan modelos de IA desarrollados en contextos específicos ignorando realidades culturales, sociales y lingüísticas diversas. El determinismo tecnológico basado en la idea de que la tecnología tiene un desarrollo lineal inevitable y beneficioso, independientemente del contexto social o político.

¿Podemos aventurar que si en la sociedad todos creyeran en este mito se volvería más autoritaria y menos democrática porque las decisiones tomadas por sistemas automatizados serían incuestionables? ¿Se profundizarían las desigualdades porque la IA perpetúa sesgos si no se revisa críticamente? En todo caso, las grandes corporaciones tecnológicas tendrían más poder sin rendición de cuentas. Por el contrario, si en la sociedad se fomenta una mirada que problematice este mito y todos los miembros de la sociedad estarían contra este mito, ¿habría una ciudadanía más crítica y empoderada en el uso de tecnologías? ¿Se fomentaría el desarrollo de IA inclusiva, participativa y contextualizada, respetando derechos humanos y diversidad cultural? Seguramente la IA se vería como una herramienta al servicio de las personas, no como una autoridad incuestionable. Lo cierto es que pensar en posiciones totalmente a favor o en contra es sencillamente, imposible.

Modelos de sociedad en discusión

El mito que analizamos no puede entenderse solamente como una cuestión técnica: remite a un modelo de sociedad y a una forma de concebir el conocimiento, el poder y la vida social. Desde la sociología, varios marcos conceptuales permiten desentrañar los supuestos y efectos de este mito.

Max Weber (1984), uno de los pensadores fundacionales de esta disciplina, ya advertía sobre la racionalidad instrumental moderna, donde la técnica y la eficiencia se convierten en fines en sí mismos, desplazando preguntas éticas y políticas. En el contexto de la IA, esta lógica se expresa en la idea de que los algoritmos pueden tomar mejores decisiones que las personas, simplemente porque se basan en datos. También Michel Foucault (1991), uno de los filósofos más influyentes de la sociología contemporánea, puntualizó cómo el poder circula en discursos que se presentan como neutrales o científicos. El discurso de la IA como imparcial naturaliza relaciones de poder: invisibiliza quién diseña los sistemas, con qué fines y a quiénes afecta.

La imaginación sociológica (Wright Mills, 2003) conecta este fenómeno con una estructura social más amplia porque permite ver cómo una supuesta cualidad técnica (objetividad de la IA) se vincula con cuestiones históricas, políticas y

económicas. Por ejemplo, al “elevar” el mito a un orden social más amplio, observamos cómo las empresas tecnológicas concentran poder bajo la legitimidad de una ciencia neutral y cómo los Estados adoptan estos sistemas para gobernar poblaciones sin pasar por mecanismos democráticos. Por el contrario, al “bajar” el mito a experiencias cotidianas lleva a aceptar sin cuestionar una calificación algorítmica, un filtro automatizado o una decisión que afecta en el trabajo, educación o acceso a beneficios. Así, el mito se convierte en una forma de control y de delegación de la responsabilidad.

Numerosos estudios aportan evidencia empírica que rechazan el mito porque han demostrado cómo los sistemas de inteligencia artificial reproducen, amplifican o introducen sesgos que afectan a distintos grupos sociales. Un buen ejemplo es el trabajo de las investigadoras afrodescendientes Joy Buolamwini y Timnit Gebru (2018) sobre sesgos raciales y de género, con una incidencia de hasta el 35% de discriminación. También, la agencia [ProPublica demostró discriminación algorítmica en justicia penal en el sistema COMPAS](#) utilizado en Estados Unidos para evaluar la probabilidad de reincidencia criminal.

Hay consenso académico y técnico sobre que la IA no es intrínsecamente objetiva, por ejemplo, [Unesco](#) afirma que los sistemas de IA no son intrínsecamente imparciales y los sesgos en los datos y los algoritmos pueden amplificar desigualdades si no se corrigen; [AI Now Institute](#) señala que la adopción de sistemas de IA sin supervisión adecuada conduce a daños estructurales; [IEEE, ACM y otros organismos técnicos](#) han desarrollado marcos éticos que reconocen que la IA puede replicar estructuras de poder desiguales.

La IA un producto humano, histórico, cultural no neutral

Muchas veces se presenta a la IA como una herramienta neutral y objetiva, capaz de tomar mejores decisiones que los seres humanos porque no tiene emociones ni prejuicios. Esta idea es muy atractiva, pero también engañosa. En realidad, la IA no es independiente de quienes la crean: está diseñada y entrenada por personas, con datos y conocimientos cuyo origen es histórico, contextual cargados de supuestos filosóficos, antropológicos, ideológicos por citar solo algunos de sus condicionantes.

Es clave mirar la IA con pensamiento crítico. No se trata de rechazarla, sino de entender que no es neutral y que su desarrollo debe estar guiado por principios éticos y responsabilidad colectiva. Como herramienta, siempre será útil para avanzar en nuevas propuestas que ayuden a las sociedades a intentar ser más humanas y respetuosas de las diferencias. Al mismo tiempo, se presenta como aliada

“La IA es objetiva”. Discusiones sobre un producto humano, histórico y cultural

para avanzar en la construcción de nuevos conocimientos, siendo el sujeto humano el hacedor responsable de sus logros y fracasos.

Durante el proceso de elaboración de este texto interactué con el asistente convencional ChatGPT en distintas situaciones: para la corrección de la escritura, para aproximarme a la polisemia de los términos objetividad-subjetividad, neutralidad-posicionamiento, imparcialidad-parcialidad y para hacer obtener Información y datos con el fin de tener mayor base empírico-conceptual.

En todos los usos guardé una actitud crítica sobre las respuestas y propuestas de Tess, como acordamos que se llame ChatGPT en nuestras interacciones. La información ofrecida la tomé como una aproximación a las temáticas, pero en el proceso de redacción y selección conservé la autoría de pensamiento y del texto. En las interacciones y con las respuestas obtenidas cada vez más parecía que perdía mi propia autoría.

En términos generales, al menos para este ejercicio, el resultado obtenido de las interacciones es bueno. Tess (ChatGPT) me brindó soporte conceptual sobre dimensiones solicitadas para la escritura de este capítulo, como las ya mencionadas, que estaban fuera de mi conocimiento y del tiempo que disponía para hacer una búsqueda sistemática.

Referencias

Buolamwini J. y Gebru, T. (2018). Gender Shades: Intersectional Accuracy Disparities in Commercial Gender Classification. *Proceedings of the Conference on Fairness, Accountability, and Transparency (FAT)*, 81, 77-91. <https://proceedings.mlr.press/v81/buolamwini18a.html>

Foucault, M. (1991). *Microfísica del poder*. Ediciones de la Piqueta.

Gutiérrez-Gómez (2025, 23 de enero). ¿Qué tan objetiva e imparcial es la IA? *LinkedIn*. <https://www.linkedin.com/pulse/cuidado-la-ia-es-una-herramienta-sesgada-y-poco-oscar-guti%C3%A9rrez-g%C3%B3mez-essgf/>

Weber, M. (1984). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. SARPE.

Wright Mills, C. (2003). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.